

NOTAS PARA UN ESTUDIO DE RUIZ Y PABLO

por Don ANDRÉS CASASNOVAS

Pocos meses después de la muerte de Ruíz y Pablo, ocurrida en Barcelona, en noviembre de 1928, escribía unos comentarios acerca de la persona y de la obra del maestro, pero lo hacía a regañadientes, y justificaba mi actitud, porque estimaba que el homenaje que merecía no podía circunscribirse a las prosas volanderas del periódico, pergeñadas con premura por amigos y conocidos, cuando no hechas de retazos de comentarios anteriores. Expresaba entonces mi opinión de que el mejor homenaje era estudiarle detenidamente, con calma y con espacio, sin descanso y sin pausa, al través de sus obras, cuyo valor intrínseco se desconocía por no haberle prestado la debida atención, antes que los extraños, nosotros mismos, los que tuvimos la fortuna inapreciable de vivir bajo el mismo cielo y en el mismo ambiente que inspirara sus valiosas creaciones. Y de entonces llevo dentro de mí el persistente deseo de realizar el estudio y la angustia de no hallar el tiempo necesario para dar ocasión y remate a mi

anhelada tarea. En aquellos días lejanos reuní la mayor parte de los trabajos dedicados a trenzar la corona de afectos a Ruíz y Pablo. Proyectaba desmenuzarlos, contrastarlos y discriminar su auténtico valor. Un literato amigo, que quiso compartir la empresa, me los pidió y no he conseguido que me devolviera aquel material. Al cabo de los años tuve que empezar de nuevo, con la dificultad en contra de que el tiempo transcurrido me negaba conseguir otros ejemplares. Pero en cambio me favoreció con trabajos que escaparon a mi solicitud el primer momento y me proporcionó la alegría de recoger la mayor parte de las producciones originales. Leyéndolas y cotejándolas, en el telar el proyecto de un ensayo biográfico y bibliográfico de Ruíz y Pablo, me halla el requerimiento del Ateneo para que inaugure el curso de 1948 a 1949. De ahí que opte por hablar del maestro, aprovechando unas fichas, en su mayoría apenas iniciadas y cuyo estado embrionario es el que dicta el título. Son notas tan sólo. Notas que habrán de perfilarse, completarse y quizás rectificarse en nuevas lecturas. Aceptadlas sin resquemor, pues son, ante todo, sinceras y se hallan entrañizadas de la admiración y el efecto que en mí despierta su obra.

I

Para entender bien el arte estimo imprescindible partir del hecho de que en toda obra que aspire a calificarse como tal ha de mediar la acción del hombre y la inspiración de Dios. Es estúpido y soberbio creer que el hombre puede por sí mismo realizar enteramente la obra bella. Todo cuanto nos rodea es obra de Dios. Cuanta belleza hiere nuestra retina ha salido de sus manos y de su mente. En religión nos enseñan que Dios no está sólo en el cielo sino en todas partes. Y si el artista imagina en razón de las impresiones subjetivas producidas por la proyección de lo creado, es eviden-

te que Dios ha de tener parte efectiva en su obra. Pero es indudable también que a veces Dios dispone y en otras permite. Entonces el sujeto del arte se halla en libertad de aceptar lo que Dios dispone o lo que permite. Consecuencia lógica es que el hombre use de esta libertad para su bien o para su mal y que a veces prefiera, por egoísmo, por egolatría, ponerlo todo, en cuyo caso, al prescindir de Dios, el hombre, no reconociéndose incapaz de sustituirle, cae en la equivocación más absurda. A fuerza de querer actuar sólo, la mitad de Dios la pone el diablo. Esto explica claramente el que circulen por el mundo tantas obras con pretensiones artísticas y que repugnan a los sentimientos más acomodaticios. No hacemos mención de las almas exigentes y fervorosas. Para ellas, tales obras son repulsivas hasta extremos de difícil concreción. Pero como decimos también mueven al desagrado incluso a espíritus poco exigentes. Estas obras son las que se quisieron hacer de espaldas a Dios y de cara al diablo.

Ahora bien; por cuanto es la mente del hombre soplado divino, posee el medio de remediar y desandar los caminos equivocados cuando aquel soplo de Dios le advierte de sus errores. Pero llegado este momento de luz, no todos quieren bañarse en él y algunos incurren en la torpeza de persistir en su colaboración con el malo. Resultado lógico, la obra de arte afiligrana su calidad o se encenaga sin remedio. Y la perspicacia y el ulterior provecho del hombre está precisamente en saber aprovechar el instante en que la luz divina le señala la bondad y la inspiración de Dios.

Estas consideraciones, producto inmediato de nuestro anhelo de rigurosa ortodoxia, tienen por principal objeto sacar a hilo de pluma una de las verdades más nobles del autor que nos ocupa. Porque Ruíz y Pablo, sin pertenecer a una familia heterodoxa, quizás afectado por el ambiente o por las amistades, como ha ocurrido a muchos, o tal vez por

las ideas de «El Liberal», el primer periódico mahonés donde trabaja, siente, muy joven aún, ciertos devaneos religiosos y políticos, que, afortunadamente, pasan en seguida. El soplo divino se manifiesta con presteza y el gran corazón de Ruíz y Pablo lo recoge al vuelo. Rechaza enérgicamente la mitad que el diablo pretendía poner en su obra y se afana porque su inspiración aliente dentro de los límites de la doctrina católica, cuyas sanas orientaciones no le abandonarán jamás. Linda con los 23 años cuando patentiza desde el prólogo de «Tipos y costumbres de mi tierra» una valiente y elogiosa profesión de fe. «Ya sé que este libro —escribe— ha de chocar y hasta asombrar si se quiere a algunos, a causa de que las ideas en él vertidas están poco conformes con lo que llamo *mi ayer*; pero debía yo a Dios y a mí conciencia una profesión de fe y aprovecho la ocasión no sólo de hacerla pública dando a la estampa estas páginas, sino principalmente de consignar, como proemio de ellas, retractación formal y solemne, ante Dios y a la faz de los hombres, de toda doctrina, frase y palabra que se hayan deslizado de mi pluma o se deslizaren en adelante, y que, por cualquier concepto, no estuviesen, a juicio de la Iglesia, Maestra infalible de la verdad, del todo conforme con la sana doctrina católica».

No andaba descaminado Ruíz y Pablo al decir que esta confesión chocaría y asombraría. Así es en efecto para sus conterráneos, en parte por la circunstancia de que en general tales rectificaciones suelen producirse en la madurez y en parte porque la escasa producción del autor no hacía prever aún el cambio de rumbo tan rápido y tan digno. Y si es sorpresa al tener en cuenta la extrema juventud, se carga contrariamente de razón cuando el lector va deshojando las múltiples y sabrosas producciones posteriores.

Porque es lo cierto que, rectificado el camino, Ruíz y Pablo no lo abandona jamás. Ni las dificultades de una vida

dura, ni las ingratitudes, ni las luchas, ni las desatenciones e incompresiones, tuercen el confortamiento que la religión lleva a su alma. Es más, lo antepone a todo y su religiosidad y su modestia avanzarán unidas a todo lo largo de una vida que nada tuvo de cómoda ni fácil, pero en la que su hogar —el gran amor de su vida— y su fe —su mejor escudo— le dan el consuelo que le niega el mundo.

II

Que es cierto cuanto exponemos, vamos a reafirmarlo desde dos campos distintos: desde el de las confesiones del autor y desde el de las apreciaciones de sus críticos.

Las ecuánimes manifestaciones antepuestas a la obra indicada, no son una acción espontánea sin nexo anterior. En sus «Poesías» castellanas, editadas dos años antes, figura, abriendo el libro, una composición en que, aún cuando bajo la influencia un tanto becqueriana de la mujer amada, dice:

«¡Ay! sin ilusión, sin fe,
sin átomo de esperanza,
cuando ya el escepticismo
en mí su estigma grababa,
fui a ahondar en el corazón
de una mujer, la mirada.

Ví en él tan rico tesoro
de bondad inmaculada,
de amor, pureza y virtud,
que recobré mi esperanza
y el «creo en Dios» recité
de fe lleno. ¡Hosanna! ¡Hosanna!»

Este «creo en Dios» hallado por la senda de un corazón,

y repetido con valentía en «Tipos y costumbres de mi tierra», reaparece en cada una de las obras siguientes de Ruíz y Pablo, ya como confesión en comentarios personales del autor, ya informando la vida de los personajes retratados.

Observemos, por ejemplo, el fin de Miralta en «Oro y escorias». Ante la desdichada decisión de arrancarse la vida, el buen criterio de don Angel permite que la muerte no sea instantánea, que el malherido pueda ser conducido al hospital y que en aquella casa, santificada por las Hermanas de la Caridad, el agonizante halle oportunidad de ajustar cuentas antes del postrer viaje. «Dios le concedió —nos cuenta— la gracia del arrepentimiento y los auxilios de la Religión». Y cuando el autor abandona el hospital, un rayo de sol tímido y suave, penetrando por la ventana y posándose sobre el cadáver del amigo, le sugiere que Dios enviaba, «envuelto en él, un destello de su gran misericordia», como si «quisiese fundir con su calor aquel cuerpo exánime, acabando de separar del oro finísimo de su corazón generoso, las inmundas escorias que le habían afeado»

La idea toma carácter de permanencia y se muestra exigente en todas las obras aunque sea un poco veladamente, como en «Per fe gana», donde el sentimiento del autor se justifica en el honor profesional, en el deber de ejemplaridad. «Perquè una cosa hi ha de nou, cavallers, i aquesta cosa és que jo no escric per donar gust a tothom, sinó per dir lo que hi trob i perquè prenguin pedreta es qui en vulguin». «Primer se sequi sa meva mà abans de treure venal sa meva ploma».

«Impresiones de un peregrino en Roma» facilita en gran manera el ahinco de Ruíz y Pablo por un alto celo religioso. Cuanto admira en el Vaticano, las obras de arte, los actos de que es testigo, las ceremonias a que asiste, desbordan sus entusiasmos y hay en sus impresiones un calor y un fervor que al par que convencen, maravillan. Qué sencillez y

qué emoción revela la figura del Santo Padre. Qué ternura y qué afecto guía su pluma. «Yo lo ví de cerca —relata— y juro aquí que al oír aquella voz y ver alzadas aquellas manos temblorosas, que sólo fuerzas para bendecir tienen ya, me pareció, no que la bendición descendía del cielo por la dulce fuerza de la oración del Santo Anciano, sino que la arrancaba él de lo alto, por la fuerza de su derecho y la bajaba suavemente en sus manos y temblando la extendía sobre nosotros... Toda mi vida me acordaré de aquella cruz trazada en el aire por la diestra del glorioso Pontífice, aquella cruz grande, ancha, pausada, trazada lentamente, con ahinco, como si quisiera grabarla en nuestras almas y que perdurara en ellas eternamente.»

Hay que pensar que así ocurrió en efecto y que aquella bendición perduró en su memoria y en su obra. Por esto, en el prólogo a los «Episodios ribereños» reconoce que la sociedad está enferma y opina que la misión del escritor, sin hacer que cada novela sea una obra de propaganda ni cada escena de drama tenga que ser un sermón ni que cada poesía termine en una moraleja, ha de ser una preocupación de arte, de cultivo de la belleza, y aunque no llega a escribir esta palabra con mayúscula, se adivina su intención cuando dice que «si esta es su preocupación, el hijo de su ingenio será bello y como bello, bueno». Más exactamente: Ruíz y Pablo, al hablar de lo bello, lo hace en su acepción moral, refiriéndose a la bondad, que es la belleza del corazón.

Sin embargo, donde más se advierte esta insistencia es en sus «Poesías» escritas en menorquín en que predominan las de inspiración religiosa. Así en «Sonet» anhela «jo sería campió—de la Nosta Senyora, de la Verge María», en «Menorca» exalta a la Virgen de Monte Toro en la que pone tanta cofianza que no recela al exclamar:

«Mientras la Verge Santa la capitana sía
 del gran vaixell de pedra qui va cap a llevant,
 no ne temau pe' l poble que en son amor confía,
 que Ella es la Stella Maris del pobre navegant».

Canta luego la humildad de María, dedica ternezas encantadoras a su Corazón dulcísimo, invita a su mejor inspiración para traducirnos la poesía eterna de su nombre, su musa se engalana de versos inapreciables para rubricar la belleza humana de la Virgen o el día glorioso de su nacimiento, y busca refugio, musitando versos con palabras de oración, cabe la imagen doliente de Cristo. Buen católico, la lectura de los Libros Sagrados reconforta su ánimo y le dicta los poemas «Ossa árida», «Lo cantich de Simeó», «L' arpa bíblica» o «Llamentacions de Jeremías», en los que se antecede a los poemas bíblicos que dieron fama a Juan Alcover.

De igual manera podríamos seguir la colección de poesías reunidas en uno de los fascículos publicados por la «Lectura Popular» de Barcelona. En ellas predomina el mismo sentimiento y la misma intención, podríamos añadir que incluso la misma obsesión por dar testimonio de su religiosidad. El díptico «Nits sagrades: Nadal, Divendres Sant», «Mística llantia»; «Holocauste» y el soneto «Senyor» son muestras de un fervor que sólo tiene par en las expresiones doloridas y sublimes de los clásicos.

Paralelamente, costaría poco trabajo ir entresacando textos de sus obras siguientes y poner de relieve el fin del señor de Robledal en «El último hidalgo» cuyas postreras palabras son de perdón para que «Así me perdone Dios»; la ejemplaridad de la acción en «La Nevatilla» en que el aire resignado del protagonista cierra las páginas implorando la bendición de Dios para el que fué sueño imposible de su vida; la hombría y la fe cristiana de Juan Mata, del más famoso farmacéutico que ha sido, el cual, tras ofrecer el más alto testimo-

nio de caridad para el prójimo, vuelve reconfortado por la religión a su rebotica y, suave y triste, se engolfa en sus in-folios con un tenue: «Procedamus in pace», o aquel encantador cuadro de la vida provinciana «El final de una leyenda» en que por voluntad del autor «los personajes todos son temerosos de Dios, limpios de sangre, sanos de alma y cuerpo y morigerados en sus costumbres» y donde todo es sosegado y sin grandes borrascas, tal como suelen suceder en la vida real y cotidiana estas cosas entre personas decentes».

III

Las menciones precedentes no dejan opción a dudas sobre la intención que guía a Ruíz y Pablo en sus novelas, en sus ensayos, en sus poesías, en sus cuadros de costumbres. Desea, ante todo y sobre todo, ser un escritor ortodoxo; pero la persistencia de esta idea capital en sus escritos hace algo más, le convierte en un ferviente apologista, tanto más notable cuanto que se halla en posesión de los más completos recursos y, si ciertamente es modesto de natural, la gloria literaria no le acompaña aun cuando la merezca y el provecho material sea escaso si no nulo, se coloca entre los más notables escritores de costumbres y se acredita como narrador ameno y observador sagaz, en cuyos trabajos predomina siempre un fondo humanísimo y un perfecto equilibrio en sus orientaciones y en sus ideas. Tales condiciones le colocan en primer término para ser un maestro de multitudes y aunque sin llegar a creer que ejercía este magisterio, publica multitud de artículos periodísticos, muchos de ellos más dignos de la revista o del libro, en censura de vicios y defectos colectivos, vindica glorias olvidadas y expone con valentía, con independencia y con una fuerza lógica irresistible, orientaciones políticas, sociales y religiosas, principalmente de éstas últimas, porque como muy certeramente está convencido que

ni unas ni otras podrán tener una acción feliz si no están inspiradas en la más estricta doctrina católica. Esto le lleva a ensalzar la ideología y los sentimientos de los pueblos humildes en pugna con las complejidades morbosas del cosmopolitismo y a preferir la sencillez y la claridad de las ideas a los torpes amaños de engañosas tendencias. Cifra y resumen de todo ello podrían ser dos trabajos publicados en «La Vanguardia» de Barcelona, titulados «Desde la cumbre» y «Mirando el cielo», el último de los cuales, en mi concepto, merecería ser leído constantemente y tenidas presentes sus admirables advertencias, no sólo por su permanente actualidad, sino también por encerrar la lección más fervorosa y cordial de fe en Dios.

IV

Sin querer hemos anticipado unas opiniones personales cuando nos habíamos propuesto solamente registrar las confesiones del autor y su apreciación por los comentaristas. El calor de aquellas nos llevó lejos de nuestro plan. Admítase en consecuencia este desahogo personal como paréntesis y veamos brevemente cómo los críticos reconocen que el desseo de Ruíz y Pablo ha sido logrado.

Oigamos, en primer término, la voz autorizada de Manuel de Montoliu. Como introducción o preludeo a una opinión concreta, refiriéndose a las novelas catalanas del maestro, hace observar «el humorismo empapado de piedad con que trata la tragicocómica historia de las miserias humanas», para después, hablando ceñidamente de los poemas, afirmar que «La inspiración de Ruíz y Pablo se comparte entre asuntos religiosos, en gran parte bíblicos, y en cantos a la naturaleza, en los que derrama todos los afectos más íntimos y ardientes y entreteje un sentimiento profundo, religioso y elegíaco de la vida». Pero donde se muestra más explícito el crítico aludido

es al comentar las novelas castellanas acerca de las cuales estampa frases tan laudatorias como las que siguen: «Nuestro escritor ha recogido la herencia intelectual de su ilustre compatriota José María Quadrado, y ha ostentado en el movimiento literario de la península la representación espiritual de Menorca, con la misma inmaculada significación cristiana con que había brillado la figura de su predecesor, aquel sabio y ardiente apologista del Catolicismo». Y añade, refiriéndose a «Clara Sombra» y «Las metamorfosis de un erudito», que «son dignas de figurar al lado de los mejores modelos que ha producido la novelística española moderna. Una y otra producción están dominadas por dos figuras femeninas de imponderable hechizo: Angeles Avendaño y Fanny Steel, figuras fascinadoras, de una belleza fatal y misteriosa, que parecen surgir del mundo interior de un alma profunda. Un novelista como Ruíz y Pablo, creador de tan arrobadoras figuras de mujer, no se deja caer, sin embargo, por la pendiente peligrosa del romanticismo sentimental y soñador; en su arraigado y sólido sentido cristiano tiene siempre un resorte maravilloso para reaccionar a tiempo contra los impulsos de su ardiente imaginación e infundir a sus novelas un aliento del más noble y ponderado espiritualismo y un anhelo místico de superación de las pasiones».

Otro escritor, José Pin y Soler, bien apreciado en Menorca por la atención que dedicó a nuestra isla en su novela «Alicia» y en sus ensayos publicados bajo el título de «Varia», el cual por haber residido algún tiempo entre nosotros no sólo no es un extraño, sino que nos conoce y puede hablar de nuestras costumbres, comentando «Las metamorfosis de un erudito» afirma que en ella se unen a «un estilo tan castizamente depurado, tan sabia y fluidamente bello, una formación humanística tan completa, un estudio de ambiente provinciano tan acabado, una trabazón argumental tan armónica unos perfiles psicológicos tan emotivamente reales, un fondo

dramático integrado de modo tan perfecto y un verismo de situaciones y de personajes tan vivamente coloreado de noble y densa poesía, impregnada siempre de un recio hálito de comprensión humana y de trascendencia cristiana, que no en vano la titulara ejemplar su autor; tal resulta —cervantinamente— en lo literario y en lo moral».

Lorenzo Riber abunda en estas mismas opiniones y contempla y admira a Ruíz y Pablo situado en el segundo término en que se complació en vivir, realizando, día tras día, su obra limpia y honrada.

Octavio Saltor analiza los poemas de Ruíz y Pablo y observa en ellos las cualidades primordiales de la escuela Mallorquina, «aquel gustillo impecable y aquella fluidez de ideas y de forma, se alían en él con cierta severidad. Ruíz y Pablo, como poeta, es, en efecto, caviloso, meditativo, en el amor y en el dolor, en la amistad y en la fe. Los sentimientos primarios adquieren en él, apesar de apoyarse frecuentemente en una motivación concreta, una elevación serena, que en momentos no escasos, resulta una verdadera etérnización en belleza».

Mario Verdaguer llega a idénticas conclusiones al advertir que los personajes de Ruíz y Pablo obran por «los más nobles impulsos del corazón humano» y en la Revista de información Farmacéutica, E. L. adivina las ricas cualidades que adornaban el alma del maestro por «aquel hombre de nobilísimos sentimientos, siempre pronto a prestar consejo y ayuda» que fué Juan Maza, el héroe de «Las metamórfosis de un erudito».

Juan Hernández Mora, que conoció al maestro y que ha sido uno de los lectores más asiduos de su obra, realiza uno de los elogios más sentidos y sinceros al escritor y al hombre. «Ruíz y Pablo —escribe—, como hombre, fué un modelo. Cultivó todas las virtudes y dió a su hogar el mismo clima moral que se disfruta en su obra. En este saludable ambiente

educó a los once hijos de su fecundo matrimonio. Nada más lejos de su ánimo que la hipocresía. Si él predicó, predicó con el ejemplo». Y a renglón seguido, enjuicia: «Su producción literaria es, desde el principio al fin, una escuela de buenas costumbres. No hay en ella ni una sola caída de la que el autor se tenga que avergonzar. Todo es limpio, noble, elevado. Y, al mismo tiempo, real, vivo, viril. Ruíz y Pablo no escribió ñoñeces insulsas, aunque rehusó todo tema sensual o erótico a los que tan aficionadas eran las escuelas naturalista y modernista, de las que fué contemporáneo. De aquí que, entre sus libros, no haya ni uno que resulte *no apto para señoritas*».

Lafuente Vanrell, el docto escritor, tempranamente arrebatado de entre nosotros por las hordas sin Dios, refleja extensamente la belleza moral de la obra de Ruíz y Pablo. Sus textos concuerdan en absoluto con las opiniones anteriores pero tiene aciertos excepcionales que queremos, siquiera de un modo sumario, registrar como refrendo de estas notas. Hablando de «Oro y Escorias» entrevé que es una novela «en que más el corazón que el entendimiento guía la pluma» y que en ella «el oro de las almas buenas» se aparta «de la escoria de las más ofuscadas». En «Episodios ribereños» existen «hondos sentimientos e ideas honradas que eran la levadura de su obra literaria». Levadura que presta sazón a las maravillas de «Las metamorfosis de un erudito», «El final de una leyenda» o «La Nevatilla», de la que nos participa su impresión como un ejemplo vivo, una moraleja sana, haciendo hincapié sobre que Ruíz y Pablo, aun cuando en «Clara Sombra» emplea un asunto escabroso, lo trata «con elegancia señorial, sin concesiones eróticas». Las pasiones violentas se dulcifican al través de su pluma por la gracia de su estilo armonioso y pulcro. Ruíz y Pablo, especialmente en esta última novela citada, hace gala de una alta y exigente dignidad de artista, llevada hasta extremos de exhaustividad, para no herir en ningún momento la dignidad del lector.

V

Resumiendo. Fácil es comprobar la armonía que existe entre los propósitos del maestro, expuestos claramente en sus obras, y los conceptos que sobre tales extremos merecieron sus trabajos de espíritus cultivados, en absoluto merecedores de crédito, por su indubitable convicción religiosa. De su comparación se obtiene sin dificultad la consecuencia de que en toda la obra de Ruíz y Pablo preside siempre un profundo sentimiento religioso, tanto en sus artículos, siempre doctos y templados, nutridos de doctrina tradicionalmente cristiana, como en sus novelas deliciosas, tan sanas como morales.

Pero reconozcamos que esta elegancia de principios y este claro talento no fueron apreciados en justicia ni por los cenáculos de la península ni por sus propios conterráneos. No pusimos empeño en conocerlo y le desconocimos. Como a él, en su modestia, no le interesaba la compensación, antes había hecho voto de pobreza, como dice Bigordá Junyent, «primer sacrificado, era asimismo el primero en saber resignarse ante el sino de las cosas; es decir, que aceptaba este hecho adverso con la misma serenidad de espíritu que si se hubiera tratado de un signo favorable».

Esta actitud de heroica y abnegada resignación es, en cierto modo, la dimanante lógica de sus creencias arraigadas. Al margen de los sinsabores de la vida literaria, estaba la cordialidad del hogar, el recinto amable y pequeño donde seguía imperturbable su obra excelente, confortado por sus creencias religiosas, tal vez traspasado de una dulce unción mística.

Fué así porque no podía ser de otra manera. Entre los apetitos voraces de los piratas de la literatura no cabía Ruíz

y Pablo. Sus sentimientos, sus convicciones eran tan hondas que no podrían comprenderse en un mundo materializado. Para el apologista católico, el rincón amable del hogar, la soledad fructífera de su escritorio, a solas con Dios y con las cuartillas, era el escenario apropiado al gran artista y al gran corazón.

Mahón, 15 octubre, 1948.